

voluntad del soberano. Uno de los marineros de la *Pinta* es el primero que ha descubierto tierra: necesito saber su nombre, para cumplir la voluntad de los reyes.

—El que la ha descubierto,—dijo Martín Alonso,—es Rodrigo de Triana.

—Pero no es él, sino el almirante, exclamó Pedro Gutierrez,—el que merece el premio, porque Colón es el primero que ha descubierto la luz, que es lo que nos ha indicado que había tierra, y yo he sido el que, llamado por él, me he afirmado en sus esperanzas.

Colón estaba en un momento de apogeo, y todos á una exclamaron:

—Sí, sí, que sea para él el premio: ¡bien lo merece!

Hasta el mismo Rodrigo de Triana:

—Yo se lo cedo de buen grado,—exclamó.

Colón, estrechando su mano:

—Tuyo será,—le dijo.

Y tendiendo la vista hácia la isla:

—Vamos á ver dónde nos hallamos, dijo á los suyos, disponiéndose á internarse.

Antes de acompañarlos, digamos á nuestros lectores cuál era aquella isla y quiénes los habitantes que moraban en ella.

De esta manera comprenderán mejor la benévola acogida que, por efecto de la situación de su espíritu, dispensaron á los marinos europeos, á quienes veían por la primera vez.

Capítulo V.

Guanahani.

La isla que acababa de bautizar Colón con el nombre del Salvador, llamábase por los naturales isla de Guanahani.

Estaba situada esta isla en la América septentrional, y era una de las Lucayas.

Definense con este nombre en aquella parte del Nuevo Mundo, una porción de islas que forman un archipiélago de los más bellos.

Pero las principales eran las llamadas Bahama, Guanahani, Inagua, Lucaya y las que más tarde tomaron el nombre de la Providencia, Andros é isla Larga.

Este archipiélago estaba separado de la Florida por el canal de Bahama, y en el lado opuesto formaba con sus islas una cadena, que yendo á concluir

casi al lado de Cuba, se prolonga hasta la isla de Santo Domingo por medio de otras islas pequeñas, llamadas Caicas ó Turcas.

La isla de Guanahani, lo mismo que las demás que forman aquel archipiélago, estaba habitada por moradores en extremo pacíficos, que vagaban por las selvas y valles sin más ocupacion que la de satisfacer sus necesidades cuando lo tenían por conveniente, toda vez que la naturaleza era una verdadera madre para ellos.

Por lo tanto, los habitantes de aquellas islas vivían felices, y su único temor era que los que llamaban caribes, que no eran otros que los habitantes de otras islas situadas hácia el Sur, invadiesen las suyas para apoderarse de sus frutos y satisfacer su sed de sangre en ellos.

Sin casas, ni monumentos de ningún género, porque se albergaban los isleños en una especie de chozas que formaban con yerbas y ramas de árbol, sin civilizacion de ninguna clase, ni más religion que la que profesaban á algunos ídolos, sobre poco más ó ménos como los de las demás regiones de América cuando estaban por conquistar, compréndese muy bien que los historiadores que más se han ocupado de las cosas de Indias no hayan podido dar una idea á las generaciones futuras de la situacion en que se hallaba la isla de Guanahani en los momentos en que los enviados de los reyes de Castilla, al mando del inmortal Colon, elevaron sobre aquella virgen tierra el estandarte real, el lábaro de Jesucristo.

Pero los datos que los historiadores no han podido consignar en las páginas de sus preciosos libros, la tradicion ha cuidado de conservarlos y extenderlos de padres á hijos, y gracias á ésto, aunque muy á la ligera, podemos dar nosotros una idea de la vida y costumbres, y sobre todo de la situacion en que los habitantes de Guanahani se hallaban cuando llegó la expedicion española.

El principio de autoridad es innato en todas las sociedades, en todas las razas, en todos los pueblos.

Si todavía no se conocia en aquella parte del mundo la monarquía ó la jefatura hereditaria, como en las primitivas sociedades, como en aquellas épocas en las que los hombres eran todos guerreros, el más fuerte era el que llegaba á obtener más ascendiente sobre los demás, y el que por el deracho de la fuerzas, por el prestigio que alcanzaba sobre sus semejantes, los dirigia á todos y empuñaba ese cetro imaginario que más tarde llegó á convertirse en cetro verdadero.

Favorecidos por el clima, con frutos suficientes en los valles y en los bosques para satisfacer sus necesidades; sin conocer lo que puede llamarse única causa de todos los disturbios de la tierra, el dinero, vivían muy dichosos, y todo su lujo consistia en la mayor ó menor habilidad que cada cual tenía para adornar el cútis de su cuerpo con líneas de colores, formando caprichosos dibujos.

Aquello era el embrion del arte.
Dichosas gentes que se consideraban verdaderos

potentados con solo tener colgados de sus orejas y sus narices zarcillos de oro, cuyo valor no conocian, y que no envidiaban á las pintadas aves que llenaban con sus gorjeos aquellas selvas, despues de haber embadurnado su rostro, sus brazos, su pecho y sus muslos con los colores que en gran cantidad hallaban en torno suyo!

—Paréceme los que aquí viven gente muy pobre,—dijo Colon desde luego á los que le acompañaban.

El ilustre marino se equivocaba de medio á medio.

Eran más ricos que él, más ricos quizás que los soberanos que le enviaban, porque tenian ménos necesidades y porque miraban con indiferencia las piedras y los metales que eran objeto de la codicia de los que iban á buscarlos, que habian tenido suficiente atractivo para hacerles abandonar sus hogares y entregarse á las veleidades del proceloso mar por la esperanza de poseerlas.

Apuestos y gallardos los mancebos, admirablemente torneadas las mujeres, con rostros en los que se pintaba la bondad de su alma, desde el principio inspiraron gran confianza á los españoles.

Los cabellos, que abundantes nacian en su cabeza y caian sobre sus espaldas, parecian cerdas.

El color natural de su cútis tenia ese matiz que podria resultar del bronce y el oro combinados.

Con los conocimientos necesarios de las yerbas y de las aguas que tenian á su disposicion para curar

sus enfermedades, sin otra ocupacion que la de vivir, podian ser considerados como los habitantes imaginarios de una Jauja verdadera.

Lo único que les atemorizaba era la posible invasion de los caribes, que talaran sus campos y cayesen sobre ellos como una plaga.

Mandaba á la sazón á los moradores de la isla de Guanahani un indio como de unos treinta años, de elevada estatura, de fuerza atlética, de una perfeccion de facciones admirable, y de una mirada de fuego en sus ojos.

Llamábanle los suyos Inahaiguani, que en su idioma queria decir jefe, rey, gran capitán de la isla.

Reunia las poco complicadas funciones de soberano temporal y espiritual.

Bien es verdad que sus templos estaban en medio de las selvas, y que sus ritos eran muy poco importantes.

Pero á pesar de la infancia en que se hallaban, de la ignorancia, del oscurantismo en que vivian, las ideas innatas del bien y del mal estaban arraigadas en su conciencia.

Para ellos el castigo de sus malas obras era la invasion de los caribes.

El premio de las buenas, la llegada á la isla de unos monstruos pacíficos que les llevaban toda clase de regalos, y velarian á su lado para defenderlos de sus naturales enemigos.

Algunos dias antes de la llegada de Colon y su

gente, habia estado Inahaiguani gravemente enfermo.

Se habian empleado todos los recursos necesarios para salvarle de la muerte, se habian hecho las ceremonias de costumbre con los ídolos y durante más de veinticuatro horas habian permanecido consternados los isleños de Guanahani, porque su rey ó jefe permanecia en un letargo muy semejante á la muerte.

Todos creian que habia llegado su hora postrera.

En medio de la noche estaba rodeada su choza de casi todos sus vasallos, formando grupos con teas encendidas.

El humo que se desprendia de aquella reunion de luz parecia envolver como en un sudario á todos los habitantes de la isla.

Anaimoyaima, que era la mujer favorita de Inahaiguani, velaba al lado suyo, y el grupo de aquellas dos figuras parecia ser el foco á donde afluian todos los rayos de luz que proyectaban las teas.

De pronto Inaiguahani, que permanecia aletargado, abrió los ojos, y contemplando á su amada:

—Nos hemos salvado,—dijo,—porque llegarán á defendernos de nuestros enemigos los que esperamos hace tanto tiempo, y viviremos en paz eterna, en continua bienandanza.

—Yo los he visto, señor; sus bajeles cortaban la espuma del mar, y la estrella que nos ama tanto los guiaba hácia aquí.

Estas palabras circularon rápidamente, y los isleños todos se entregaron á los mayores trasportes de alegría.

A partir de aquel momento fijaban con ansiedad sus miradas en el mar, deseosos de cubrir á cada instante la prometida salvacion.

Aun cuando tenian sus albergues á bastante distancia de la orilla, muchos, los más adictos al soberano, resolvieron aguardar en la costa la llegada de sus salvadores.

Por eso pudo Colon descubrir desde lejos las luces que corrian de un lado á otro sobre el verde fondo de la vírgen selva que más tarde se presentó á su vista.

Apenas descubrieron las naves los indios que aguardaban, corrieron ébrios de alegría á dar parte de la noticia á Inahaiguani, y mientras se aprestaba á llegar con todos los suyos á recibir á los extranjeros, los más impacientes corrieron á la orilla, y con asombro y alegría, expresando con sus ademanes la más pura felicidad, examinaron las tres embarcaciones, que les parecieron magnificas, puesto que las suyas eran simples canoas de una sola pieza; y al ver á aquellos hombres que con vestiduras de gran novedad y de gran magnificencia para ellos, con estandartes, con músicas que nunca habian oido, con armas que no conocian, llegaron á la orilla, se hincaron de hinojos, elevaron sus manos al cielo y prorumpieron en cánticos de triunfo.

Aunque á alguna distancia de los recién llegados, parecian demostrar vivos deseos de acercarse á ellos, y aunque al ver que iban á su encuentro Colon y los suyos retrocedieron algo, sin embargo no tardaron

en contenerse, esperando á que llegaran los que bajo formas tan maravillosas se aparecian á sus ojos.

Colon no tardó en llegar, y sus miradas, los buenos sentimientos de que se hallaban poseidos hácia ellos, le hizo considerar como un buen augurio de su empresa el encontrar desde luego gentes tan felices y que tan buenas intenciones manifestaban.

Por de pronto notó que no tenían más armas que unas especies de azagayas ó bastones, que usaban á manera de lanza, endureciendo al fuego una de sus puntas, ó poniéndosela de pedernal ó de espina de pescado.

No tardó en llegar Inahaiguaní, y Colon comprendió, por la sumision y respeto que hácia él mostraron los demás, que era el jefe de aquella tribu.

Grandes eran las dificultades con que habian tropezado unos y otros para entenderse.

Pero el lenguaje de las miradas es universal, y por otra parte la accion y el gesto podian suplir á la palabra.

Un vago presentimiento habia hecho comprender á Colon que multitud de objetos de escaso valor de los que habia en abundancia en España podrian ser considerados como cosas preciosas para los habitantes de las islas desconocidas que se proponia conquistar, y habia llevado birretes de colores, cuentas de vidrio, cascabeles y otra porcion de cosas por el estilo que habian servido á los portugueses en sus anteriores expediciones para cambiarlas por el oro que poseian los habitantes de la costa africana.

Colon comenzó á repartir estos objetos entre los que se hallaban presentes.

Imposible es describir la alegría con que los recibian.

La profecía se habia cumplido para ellos al pié de la letra.

Para aquellas gentes aquellos magníficos regalos eran espléndidos objetos que les enviaba un sér superior á todos los creados, y como no le conocian le demostraban de aquel modo su regocijo.

Todo cuanto veian les maravillaba, y hasta los vidrios de colores, hasta las cuenjas de rosario las estimaban como nuestras más elegantes damas estiman las perlas, los rubíes y los brillantes más espléndidamente aquilatados.

Al convencerse de que los extranjerios, no solamente no les hacian daño, sino que las hacian bien, los rodeaban, los observaban con la mayor atencion, pasaban sus temblorosas manos sobre sus vestiduras, admiraban las espadas y las dagas que pendian de su cinto, y algunos de ellos, demostrando que no conocian las malas partidas del acero y del hierro, las cogian por el filo ó por la punta, lo que fué causa de que se hirieran las manos.

Los españoles permanecieron todo el dia en la costa, descansando de su viaje, visitando las espléndidas arboledas de que estaba cubierta la isla, probando los frutos.

Al anochecer se volvieron todos á bordo, muy satisfechos de lo que habian visto.

Rascon, Quintero, Velez y todos los que se habian conjurado contra el almirante, habian cambiado de tal manera de modo de pensar, que eran sus más sumisos servidores.

Lo que habian visto les daba una idea del Paraiso.

Colón reunió en torno suyo, en la *Santa Maria*, á los Pinzones, al escribano real, á los funcionarios que le acompañaban, y disertó con ellos acerca de lo que habian visto, del sitio en que se hallaban y de las promesas que les ofrecia aquella ribera.

—Dios ha favorecido nuestra empresa,—les dijo el almirante.—Ya veis que hemos hallado tierra donde pensábamos hallar el vacío; que hemos hallado una exuberancia de vida donde temais encontrar la más horrible muerte.

En mi concepto hemos desembarcado en una isla de la extremidad de la India, y por la esplendidez, por la riqueza de las maravillas que hoy han sorprendido nuestros ojos, podeis imaginados, si llegamos á la gran Cipango, cuan grande, cuán inmensa será nuestra fortuna.

Colón no comprendia todavía toda la grandeza de su descubrimiento.

—Pues yo no sé por qué,—dijo Martín Alonso Pinzón,—me parece que la tierra en donde hoy hemos estado ha de ser rica en vegetales, pero no en minerales; y de no encontrar oro y piedras finas en estas regiones, más nos hubiera valido ir á la costa de Africa, donde de seguro las hubiéramos hallado.

—Sin saber el porvenir que nos reserve la Providencia, no olvideis, señores,—añadió Colón,—que uno de los principales propósitos de los reyes es destinar los productos de las tierras que conquistemos á enviar una cruzada á Tierra Santa. Por otra parte, nuestra mision es traer á estas ignoradas regiones la fé, propagar la religion cristiana, y esta santa empresa ha de verse coronada por el triunfo más grande, por la victoria más espléndida.

A partir de aquel momento, cada cual empezó á referir lo que más le habia sorprendido aquel día.

Quién elogiaba las verdes y anchas hojas del sabroso plátano; quién se habia extasiado contemplando los inmensos maizales que se extendian por toda la costa.

Ninguno sabia dar nombre á aquellas plantas que, por más que se asemejaban á algunas de las que ya conocian, eran más gigantescas, más grandiosas que todas las que habian visto hasta entonces.

Otros se habian fijado en los papagayos de diversos colores que llenaban las ramas de los árboles y cruzaban en inmensas bandas, ó que domesticados por los indios se colocaban sobre sus hombros, chillando de una manera rara y á veces imitando sonidos como los que producian sus mismos amos.

Aun cuando no habia peligro que temer, porque la actitud de los indígenas habia sido en extremo benévola, colocáronse vigilantes en los navíos, y aquellos hombres victoriosos se entregaron en los brazos del sueño, arrullados por las tranquilas olas del Nue-

vo Mundo, que parecían complacerse en mecerlos.

El sueño de Colon se había realizado.

Y, sin embargo, á pesar de la felicidad que había experimentado durante todo el día, de la alegría que sentía su alma, poco despues de cerrar sus ojos vió en su imaginacion un ángel que volaba hácia España llevando en su mano una bola que simbolizaba el mundo, y al mismo tiempo vió dos fantasmas que parecían querer contener el vuelo del ángel, arrebatarle la presa que llevaba y confundirle en el abismo.

Aquellos dos fantasmas eran la traicion y la ingratitude.

En sueños presentía su porvenir.

Pero tiempo tendremos de asistir á esta triste realidad.

Capitulo VI.

La Concepción.

Al día siguiente, al despertar la aurora, casi todos los habitantes de Guanahani y aun de algunas islas inmediatas, que tenían noticias de la llegada de sus salvadores, como ellos los llamaban, sin temor de ningun género y ávidos de contemplar aquellos bagajes que en su vida habían visto, se acercaron á ellos nadando unos, y otros á bordo de ligeras canoas formadas con el tronco de un árbol, y que manejaban diestramente.

Su principal deseo era ver á los extranjeros, tocar sus vestiduras, adquirir cualquiera de los objetos que les daban, no porque los consideraran como de gran valor, sino porque les parecia que tenían una virtud sobrenatural.

Ya lo he dicho antes: para ellos, tanto sus salv a-